

El pensamiento tomista prolonga el esfuerzo aristotélico y lo hace para alcanzar una nueva cima, desde la que se advierte un nuevo sentido de sujeto, llamado potencia originaria, la misma esencia en cuanto sujeto del acto de ser. Que la esencia sea sujeto significa, en definitiva, que posee el ser propio. A partir de ahí la investigación culmina con tres capítulos esenciales para la rectificación de la filosofía moderna. En primer lugar, la diferencia entre Dios y las criaturas impide que Dios sea tenido como sujeto en ninguno de los sentidos que conocemos; es preciso por tanto subrayar la necesidad de la teología negativa y de los diferentes modos de predicación de las propiedades.

Lo más importante, a mi entender, de estas páginas está en los dos últimos capítulos, que estudian la composición alma y cuerpo y las potencias de la vida y la vida racional, respectivamente. El primero de ellos establece los presupuestos para diagnosticar el error del dualismo antropológico y ontológico cartesiano y para explicar de forma adecuada el concepto de alma y el de sujeto espiritual. El segundo, por su parte, analiza en primer lugar la identidad del alma dotada de múltiples potencias y, en segundo lugar, las relaciones entre la facultad cognoscitiva y sus conocimientos, que permite distinguir entre conocerse a sí mismo y tener una idea de sí. Es la diferencia entre conocer algo y poseer un hábito cognoscitivo. El yo no puede ser una idea y menos una idea que no comparezca, que esté detrás de nuestros conocimientos y que necesariamente los acompañe, como quería Kant. De este modo se rectifica la cuestión más problemática del pensamiento moderno y contemporáneo: el sujeto es aquel ser que tiene conciencia de sí mismo. Ese modo de entenderse conduce sorprendentemente a una versión refor-

mada del argumento ontológico, por el que a partir de la lógica se alcanza, no sabemos cómo, la realidad principal. En definitiva, este libro recoge una profunda investigación metafísica de gran relevancia para las discusiones fundamentales que están en curso en la actualidad.

Enrique Moros

**Cruz GONZÁLEZ AYESTA**, *Hombre y verdad. Gnoseología y antropología del conocimiento en las Q. D. «De Veritate»*, Eunsa, Pamplona 2002, 176 pp., 17 x 24, ISBN 84-313-1995-X.

La doctrina tomista sobre la verdad ha sido profusamente estudiada, pero quizás se ha dejado con frecuencia relegado a un segundo plano la relación entre verdad y libertad, es decir, la significación hondamente antropológica (existencial, podríamos decir) de la noción de verdad. En este libro se abordan directamente estas cuestiones tomando como punto de referencia las Cuestiones Disputadas sobre la Verdad de Santo Tomás.

Es un trabajo de investigación, pero no está planteado como un estudio erudito de fuentes e interpretaciones históricas de la doctrina sobre la verdad. De hecho, el punto de partida es la confrontación con la filosofía de nuestros días, con el fin de «deshacer algunas disyuntivas insolubles entre modernidad y postmodernidad» (158). La autora piensa que en la filosofía de Santo Tomás puede encontrarse «una vía media (o mejor superadora) entre el modelo de verdad ilustrado y la disolución de la verdad que aparece en la llamada postmodernidad» (14). Es de agradecer el esfuerzo por hacer hablar a los textos de Santo Tomás: el análisis se desarrolla al hilo de una profunda síntesis en la

que se muestra la trabazón de los diversos aspectos gnoseológicos y antropológicos que están implicados en el conocimiento humano de la verdad.

En primer lugar se presenta el lugar del entendimiento humano en el conjunto de seres intelectuales. A partir de ahí y a través de la experiencia se exponen las principales características de la relación del conocimiento humano con la verdad. El conocimiento humano depende de los sentidos, pero para ejercerse requiere de la abstracción. Ésta proporciona al conocimiento su objeto, es decir la quiddidad de las cosas. Pero ninguna quiddidad agota la esencia de una cosa. Esto significa que el conocimiento humano es procesual, discursivo y susceptible de continuación. Esto explica porqué la verdad que el hombre puede lograr no es la verdad total y el conocimiento humano ha de trascender siempre sus propios logros verdaderos.

Esta transcendencia, por otro lado, sólo es posible si lo conocido es ya verdadero. De este modo, la verdad sólo se da propiamente en el juicio, precisamente porque en él es posible también la falsedad. Y es posible porque en el juicio se dan inseparablemente la adecuación, la afirmación y la reflexión. Además, la experiencia de la rectificación del conocimiento presupone que en el entendimiento humano se da la capacidad de conocer naturalmente la verdad a través del hábito de los primeros principios. Sólo de ese modo puede explicarse la génesis y el hecho del error cognoscitivo. Además la posibilidad de trascender la verdad lograda por el entendimiento discursivo supone que la propia facultad cognoscitiva humana crece al conocer la verdad. Este incremento de la facultad se traduce en los hábitos de ciencia y de sabiduría. A través de ellos se logra una mayor «connaturalidad» con la verdad.

No obstante, la verdad no es un bien más del que el hombre pueda disponer, sino que constituye por derecho propio el bien de un ser intelectual. La verdad no es simplemente la perfección de una facultad humana, sino que forma parte integral del fin del hombre. Por esa razón el conocimiento de la verdad posee intrínsecamente una dimensión ética. De este modo los hábitos intelectuales son también virtudes. Por eso es preciso «un cuidado atento del modo en que se ejerce la inteligencia: porque cabe disponerla al error y con ello dificultar el uso de la potencia de modo que no alcance aquel fin para el que es naturalmente apta: la verdad» (157).

El libro concluye en un esbozo acerca del modo de afrontar las disyuntivas entre el ideal metódico de los modernos y la temporalización de la verdad y su disolución postmoderna. El hombre es, de este modo, un ser para el que conocer la verdad nunca es algo automático y en el que el progreso en el conocimiento no se da sin más; pero a la vez puede alcanzar auténticas verdades, no sujetas al tiempo o a la cultura, aunque las alcancemos en la historia y a través de determinadas tradiciones culturales.

En definitiva, estamos ante un libro que ayuda a pensar con nuevo vigor en la condición humana y su relación con la verdad, prescindiendo de simplificaciones y dogmatismos. Es un libro «realista» por lo que tiene de afirmación de los límites del conocimiento humano; pero a la vez está lleno de esperanza porque cada esfuerzo por conocer la verdad nos hace crecer a nosotros mismos, constituyéndonos verdaderamente como mejores personas.

José Ángel García Cuadrado